

De Rodó al Mercosur

por Alberto Methol Ferré

Vamos a hacer una reflexión sobre una de las tres columnas fundamentales, uno de los tres hombres estructurantes del Uruguay. Uno sería Hernandarias, que es más que el inventor de la agropecuaria, el segundo es Artigas y el tercero, Rodó.

Hernandarias es el que echa los fundamentos económicos del Uruguay hasta hoy, y no solamente, sino que, como hombre que genera las misiones jesuíticas del Paraguay, es también configurador básico de

un ámbito que está en el corazón fronterizo del Mercosur, del pueblo cristiano del sur, del que Artigas fue una de las expresiones importantes en la historia.

Artigas es uno de los últimos caudillos de las misiones guaraníicas y, en ese sentido, heredero de la estirpe de los Hernandarias en el origen de la Provincia Oriental. Él fue, en 1813, caudillo del pueblo de la Provincia Oriental, que sería parte de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Ése es el marco en que actuó. Artigas no fundó un Estado federal sino que encabezó una Liga Federal, una alianza de provincias para gestar un Estado federal en Río de la Plata.

Y el otro héroe es Rodó. Como dijo ya hace muchos años una poetisa chilena muy inteligente, Gabriela Mistral, él fue el iniciador intelectual del latinoamericanismo del siglo XX. En Rodó se retoma intelectualmente una historia interrumpida y fracasada desde la derrota y el exilio de Simón Bolívar. Rodó es el re-fundador del latino o hispanoamericanismo del siglo XX.

El autor

Profesor de Historia de América en el Instituto Artigas de Servicio Exterior (Ministerio de Relaciones Exteriores), en la Universidad Católica del Uruguay y en la Universidad de Montevideo. Ocupó diversos cargos en la Conferencia Episcopal Latinoamericana (CELAM).

Me interesa la lectura de la actualidad histórica: interpretar los signos de los tiempos en que uno vive para ver los caminos de la sociedad, del barrio en que uno nació y morirá. Y es desde esa óptica, la apertura del siglo XXI, que interesa Rodó en el gran marco en el que, aunque todavía no se reconozca claramente, se inscriben la gestación histórica del Mercosur y su posible futuro. Entonces voy a referirme a ese singular itinerario que desemboca en un intento de comprender los signos de los tiempos de nuestra época.

El *Ariel* se inscribe en un marco de interpretación. Ya antes del *Ariel*, Rodó tenía como preocupación fundamental "la unidad moral e intelectual" de la América hispana o de la América Latina. Él sentía —y se lo manifiesta en una carta a Ugarte en 1896— el aislamiento mutuo en que estaban los distintos países que formaban la América hispana y sentía la necesidad de una tarea fundamental: generar una nueva convergencia histórica.

El *Ariel* es fundamentalmente un acto político de largo aliento de Rodó. La forma en que él concibió el *Ariel*, la forma en que lo distribuyó —meticulosamente en casi toda la intelectualidad importante de España y de América Latina, con cuidado de enviarlo a todos los puntos estratégicos— fue un acto intencional, minuciosamente pensado, porque era consciente del designio y de la empresa que se había propuesto.

Fue a consecuencia de la irrupción de los Estados Unidos visiblemente en la historia mundial, a través de la Guerra de Cuba y de Filipinas, en el Extremo Oriente. La apertura del siglo XX nuestra está signada por una gran presencia de Cuba. También en la segunda mitad del siglo XX Cuba ha tenido una nueva presencia en nuestra historia, vinculada a un replanteo de los intentos de unidad latinoamericana, tanto en forma revolucionaria en los sesenta como por los intentos de integración latinoamericana impulsados por la CEPAL y por el BID en los años sesenta y que tuvo en Montevideo la fundación de la ALALC, que fue quizás un hito más importante que otros de eco revolucionario, pero quizás más infecundos que las tareas de la CEPAL que llevaron a la gestación de la ALALC. Porque la historia no camina sólo por caminos heroicos: tiene muchas formas de andar, aun bajo formas de apariencia tecnocrática o burocrática.

Entonces, ¿qué significó la irrupción de los Estados Unidos en la apertura del siglo XX? Intentaré determinarlo en forma sencilla y lo más rápida posible.

A partir de comienzos del siglo XIX aparecen realmente los Estados-nación industriales, que van a marcar el ritmo de la historia de todo el siglo XIX hasta muy entrado el siglo XX y cuyo primer arquetipo es Gran Bretaña. A Gran Bretaña la seguiría Francia. El primer gran economista de la sociedad industrial se llama Ricardo y escribe su obra fundamental allá durante las guerras napoleónicas, por 1817. La obra de Adam Smith se refería a una sociedad mercantil y no industrial, pero el primer teórico de la sociedad industrial es Ricardo, un contemporáneo de Artigas. Y el otro es Saint-Simon, que allá por el año 1820

publica un libro intitulado *La sociedad industrial*. Ricardo y Saint-Simon son los dos primeros símbolos importantes de un pensamiento económico y social con relación a la emergencia de la sociedad industrial en Inglaterra y en Francia. Y estos dos primeros Estados-nación industriales serán el paradigma, en la primera mitad del siglo XX, de la vanguardia de la dinámica histórica concentrada en el centro de Europa.

En los dos primeros Estados-nación industriales hay sobrevivencias del antiguo régimen hasta muy cerca de nuestros días —el ejemplo inglés es arquetípico—, pero la nación pone un ámbito y una dimensión que los hace aptos para el desarrollo autosustentado de una revolución tecnológico-científica industrial. La nación es un ámbito homogéneo, virtualmente democrático, porque el rasgo de una nación es una cierta comunicabilidad y accesibilidad de todo con todos, que pone las condiciones de una sociedad igualitaria y móvil como lo es la sociedad industrial, donde es necesaria la complementación de industrias entre sí, de diferentes divisiones del trabajo entre sí.

No son como los viejos imperios agrarios donde, de un excedente económico mínimo de múltiples aldeas agrarias, el imperio recogía impositivamente una parte para el aparato central y dejaba las múltiples culturitas diversas, múltiples lenguas y usos de las diversas aldeas, que no afectaban la estructura del imperio. En cambio, la sociedad industrial exige una relativa homogeneidad que permite que se pueda cambiar de empresa, de lugar, que haya una educación común que permita una dinámica mucho más intensa y compleja que la de las sociedades agrarias, que de una forma u otra son todas sociedades aristocráticas.

En el siglo XIX el centro de Europa es el Atlántico norte, donde desembocan todos los mares del mundo. Desde el siglo XVI la globalización comenzó con Portugal y Castilla, que están sobre el Atlántico. Luego el poder se desplaza —tras el hundimiento del imperio unido hispano-lusitano, a mitad del siglo XVIII— más al norte en el Atlántico. Francia e Inglaterra luchan durante un siglo y medio por el centro mundial. Con Napoleón, Francia pierde la “segunda guerra de cien años” e Inglaterra se convierte en el centro del mundo. Hubo un intermedio en que ese lugar lo ocupó Holanda, que es a Inglaterra lo que Portugal fue a Castilla, para decirlo en forma sencilla.

En la Edad Media el poder estaba en dos puntas: las ciudades italianas en el Mediterráneo y el imperio alemán en el centro, el Sacro Imperio Romano-Germano, que pasan a segundo plano cuando comienza la mundialización oceánica de los países atlánticos de la Europa occidental y éstos son los hacedores de la historia universal. Cuando Alemania y luego Italia intentan acceder, en el siglo XX, entran en conflicto con el núcleo dominador formado por Francia e Inglaterra y se desencadenan, en diferentes formas, dos guerras mundiales entre los que ya estaban y los que querían entrar.

En el siglo XIX el primer poder de Estado-nación industrial es Gran Bretaña y el segundo es Francia, que se van a convertir en "paradigma mundial". Los países que quieran ser protagónicos deben alcanzar por lo menos el modelo de nación industrial que muestran Gran Bretaña y Francia. Ese paradigma será asumido en la segunda mitad del siglo XIX por Alemania y por Italia (me refiero a la Italia del Piamonte, de Turín, que es la parte industrial de Italia). Y en Alemania, Bismarck va a recoger y a sintetizar el *Zollverein*, la lucha por la unión aduanera que comenzó ya en 1834. De manera que Alemania e Italia van a acceder al Estado-nación industrial. Alemania mucho más que Italia, que sigue masivamente campesina. Y luego, a fines del siglo, aparece en Asia el quinto, que es el Japón.

Las "naciones hispanoamericanas" son ante todo un conjunto de repúblicas hijas de la descomposición del imperio español. El imperio español es un imperio preindustrial; con manufacturas, sí, pero en absoluto una sociedad industrial maquinista. Lo que quedará del imperio español es un conjunto de Estados-ciudad. Nuestras repúblicas latinoamericanas son ciudades-Estado antiguas que dominan un *Hinterland*, un inmenso territorio. Buenos Aires domina un amplio territorio; para controlarlo expulsó de su seno al Uruguay, que ofrecía el puerto alternativo. En la paz de 1828 se dice la verdad, se pone "el Estado de Montevideo"; hubo dudas luego en los constituyentes, pero en realidad lo que aparecía era la ciudad de Montevideo como puerto y su *Hinterland*.

Eso era y es así con todas las repúblicas. Son todas sociedades antiguas, agrarias, todas preindustriales. Son el Estado-ciudad de Montevideo, de Buenos Aires, de Santiago, de Lima, de Quito, de Caracas..., con inmensos espacios, inimaginables para los europeos, pero casi vacíos. Y estaban compuestos por los hombres libres —los comerciantes, los terratenientes y los artesanos— y los ilotas múltiples —gauchos, indios y todo lo demás—, que no tenían derecho a voto en ningún lado.

Estos Estados-ciudad se disfrazan, toman la retórica del Estado-nación industrial, suponiendo que imitar la Constitución de Francia nos convertirá en lo que es el Estado-nación industrial francés. Es una confusión, porque somos una periferia agraria formada por los últimos Estados-ciudad antiguos. No en vano en el 900, junto con el *Ariel*, aparece la obra de Juan Agustín García *La ciudad indiana*, que en realidad retoma la reflexión sobre *La ciudad antigua* de Fustel de Coulanges, trasladándola a nuestros países.

Esto recién se empieza a cuestionar a partir de la crisis mundial del capitalismo de 1929. Había gérmenes de industrias en San Pablo, en Buenos Aires, pero no llegan a configurar un poder emergente capaz de determinar al conjunto de la sociedad. Solamente en la crisis mundial del 29 los Estados-ciudad agroexportadores antiguos abren la lucha por los Estados-nación industriales en América Latina, con Haya de la Torre, con Vargas, con el PRI en

México —no con la revolución mexicana—, etcétera. De manera que las nuevas exigencias de la sociedad industrial recién se plantean para nosotros en los años treinta. Antes hay insinuaciones —no es que no haya ninguna fábrica—, pero nunca con un poder social como para incidir en el conjunto.

Hubo también en Europa otros nacionalismos que poco tenían que ver con la construcción del Estado-nación industrial, pues se trataba de grupos étnicos que planteaban su autonomía e incluso independencia, pero lejos de las condiciones de una "sociedad industrial". Esto acaece especialmente en el mundo eslavo —eslovacos, croatas, eslovenos, polacos, etcétera—, que desarrollan su escritura, el cultivo de su identidad nacional y con ellas van a intentar hacer coincidir la nación. Pero no en el sentido del Estado-ciudad antiguo, como nosotros, porque no éramos naciones del tipo de Polonia, Croacia, Eslovaquia o Serbia, sino que pertenecíamos a un mismo gran ámbito histórico-cultural que se fragmentó en múltiples Estados-ciudad autodesignados "naciones".

Hay historiadores franceses contemporáneos, como Guerra, que se preguntan qué misterio hay para que la unidad de la nación se haya roto en tantos pedazos, por qué la América española, unitiva en lengua, etc., se rompe. Lo que pasa es que estaba lejos de ser una sociedad industrial y lejos de ser una nación en el sentido moderno, de dimensiones aptas como lo eran Inglaterra y Francia. La dispersión e incomunicación de América Latina entre sí era enorme. Nuestros países eran mucho más lejanos entre sí que en la época de la conquista y colonización, porque entonces España dominaba el mar. El barco oceánico era el instrumento máximo de comunicación. Con el mar y con los hombres de a caballo tenía la velocidad máxima del siglo. Una velocidad loca en comparación con la de los indios, que iban a pie. Pero en nuestra independencia éramos solamente hombres de a caballo, el mar no nos pertenecía. Las flotas de la independencia son casi todas irlandesas, inglesas, norteamericanas; los corsarios de Artigas son casi todos yanquis, irlandeses... La América hispana no tiene barcos; en consecuencia, sus distancias se multiplican por cien, porque hacer una caminata a caballo entre un punto y otro, con los Andes y el Amazonas de por medio, *se non ti vèdo più, felice morte*.

El fundador de la geopolítica alemana, Federico Ratzel, que escribe su *Geografía política* en 1897, ya ve la emergencia yanqui. Él había participado en la revolución industrial alemana, inspirada por Federico List, famoso autor del *Sistema nacional de economía política* (1841), el primer gran tratado económico en Alemania que postula la generación de la sociedad industrial. List fue educado por los yanquis; aprendió en los círculos industrialistas norteamericanos, descendientes de Hamilton.

La irrupción de los Estados Unidos es sencilla: el poder de los Estados Unidos emerge totalmente al margen del centro mundial. La emergencia de un poder en el centro europeo habría roto el equilibrio de poderes. Por ejemplo,

una Alemania poderosa que surgiera alteraba todo el orden establecido; en consecuencia, chocaría inevitablemente con Inglaterra y con Francia, tuviera el signo que tuviera.

Pero los Estados Unidos se desarrollaban en la lejana América y en el lejano Oeste, en una colonización continental rumbo al Pacífico cuya única víctima fue México —le ocuparon inmensos territorios pero poco poblados entonces—. Una vez que liquidaron a la oligarquía agraria esclavista en la Guerra de Secesión, ahí los Estados Unidos dieron el gran salto industrial, sin necesidad de ninguna otra expansión externa. Inglaterra tuvo necesidad de formar un imperio, Francia también, Alemania intentó formar otro imperio colonial, Italia y Japón también. Los Estados Unidos no tuvieron ninguna necesidad, porque tenían espacios y la más portentosa inmigración humana que la historia conoce. Cada año llegaban cientos de miles en forma sostenida y en los últimos años anteriores a 1914 llegaban millones. Esa inmigración creciente e ininterrumpida le permitía un desarrollo continental industrial autosostenido con industrias de una escala inimaginable para Europa.

Ratzel, en plena revolución alemana, va a esa rara "periferia" que es Estados Unidos y queda asombrado, se siente como un liliputiense en el país de los gigantes. Él admiraba los ferrocarriles alemanes y, entre el setenta y el ochenta del siglo XIX, encuentra en Estados Unidos tres o cuatro ferrocarriles transpacíficos, que eran varias veces más poderosos que los de Alemania, algo inimaginable. Entonces Ratzel se da cuenta de que, dentro de la lógica del Estado-nación industrial hegemónico como vanguardia de la historia en Europa, había aparecido algo que multiplicaba en forma tan gigantesca todo, que derogaba la dimensión común aproximada que tenían todos los Estados-nación industriales de entonces e introducía dimensiones cuantitativas tan enormes que cambiaban cualitativamente la historia. Y Ratzel opta por no llamarlo Estado-nación, para no hacer una mezcla. Lo llamará "Estado continental" (industrial). Y anuncia que el siglo XX será la era de los Estados continentales.

Hoy se habla de que el Estado-nación se terminó. "Estados-nación" son Jamaica, Uruguay, China, Estados Unidos... La expresión denota cosas tan disímiles que no dice nada. Cuando se habla de los Estados-nación se dicen palabras más o menos vacuas si no se da una explicación seria y no se discernen distintos tipos de Estados-nación muy diferentes entre sí, porque Uruguay no es ni la China, ni Rusia, ni la Unión Europea, ni Jamaica, ni el Zaire.

Los Estados continentales serán los nuevos poderes protagónicos de la historia, desplazando a los Estados-nación industriales del siglo XIX, que quedan secundarios. Los otros tipos no industriales de Estado-nación pertenecen al coro de la historia.

Ratzel muere en 1904, pero escribe varios artículos al iniciarse el siglo, especialmente uno llamado "Lebensraum" ('espacio vital'). Más tarde los nazis

adoptan esa palabra y hay una acusación contra Ratzel de ser un "prenazi", cosa totalmente falsa, porque incluso en el año anterior a su muerte él, que era un cristiano protestante, atacó duramente a Gobineau y a Houston Chamberlain, los dos teóricos máximos del racismo en Alemania.

Ratzel habla de la emergencia de los Estados Unidos cuando los *cowboys* se transforman en marines, se termina la epopeya del lejano Oeste y comienza la epopeya mundial de los Estados Unidos encabezada por Teodoro Roosevelt, el almirante Mahan, por George Taft y otros, el primer núcleo intelectual que ya a fines del siglo XIX se da cuenta de que ya son el "mayor poder mundial".

En la guerra con España, en la idea de Mahan, la isla fundamental para que Estados Unidos controlara las Antillas era Puerto Rico, no Cuba. En Puerto Rico están las bases de los Estados Unidos y eso no salió de su esfera. En el mismo 1898 anexan a Hawai, que había sido invitada por los Estados Unidos a la Primera Conferencia Panamericana de 1889 porque era un pequeño reino del Pacífico cercano. Y en 1904 inician el canal de Panamá para unir sus flotas del Atlántico con las del Pacífico, porque han ocupado las Filipinas, su vanguardia en el corazón del Extremo Oriente. Entonces los Estados Unidos se proyectan mundialmente, en especial, sobre la América Latina y sobre el Extremo Oriente.

Ése es el espectáculo que ve Rodó en el momento en que escribe el *Ariel*. Discúlpeme esta introducción extensa, pero, si no, no se entiende bien qué pasó.

Éste es el origen del nacimiento de la generación del 900 en las minisociedades latinoamericanas, o en algunas sociedades agroexportadoras como Argentina y Uruguay o el México de Porfirio Díaz, que tuvo su esplendor económico, o la naciente República de Brasil, que era una república de *fazendeiros*, una república de terratenientes, de hombres que controlaban el café, que era su gran producto de exportación a las sociedades industriales norteamericana y europea. Había una prosperidad finisecular en América Latina.

Al mismo tiempo que aquí emergen Rodó, Ugarte, Blanco Fombona, García Calderón y muchos otros, Ratzel dice en Alemania: los Estados nación industriales europeos están obsoletos, están liquidados, no sirven para más nada, estamos en el ocaso, salvo que nos unamos y formemos una Unión Europea, o sea, un Estado continental, aunque de distinto tipo que los Estados Unidos. Si armamos un Estado continental sí sobreviviremos; si intentamos ser sólo Alemania, Inglaterra, Francia, Italia, no serviremos para nada. No tenemos las dimensiones mínimas para enfrentar el ser protagónicos en la historia mundial del siglo XX. Esto lo sostiene Ratzel en la apertura del siglo XX. Europa fue tan decadente y tan burra que necesitó cuarenta millones de muertos y dos guerras mundiales atroces para entender algo que, si Ratzel lo entendió y hubo otros que también lo entendieron, es que se podía entender. Pero las inercias históricas adquiridas, las soberbias adquiridas, los viejos escenarios, los tics

que habían generado las antiguas victorias pero que ya sólo iban a engendrar derrotas en el nuevo escenario, todo eso sobrevivió en forma de una irracionalidad terrible: dos guerras mundiales que fueron el fin histórico de Europa como centro mundial en la primera mitad del siglo XX.

Ya Ratzel dice en el 1900 que puede haber un competidor de ese Estado continental nuevo de Estados Unidos y que se abría una era de Estados continentales. ¿Y a quién ve Ratzel como competidor? A Rusia. Ratzel había visto el gran despegue industrial ruso de la última década del siglo XIX. El marxismo, Lenin, etcétera aparecieron en Rusia porque el desarrollo industrial había comenzado en forma muy intensa, localizado en seis u ocho centros. En el comienzo de la Primera Guerra Mundial, en 1914, Rusia superaba el producto bruto industrial francés, era más potencia industrial que Francia. Lo que ocurre es que su gigantismo le hacía conservar el aspecto de un mundo campesino, su industrialización estaba como difuminada en esa inmensa masa. Ratzel dice que Rusia es el único país en condiciones de enfrentar a Estados Unidos, si logra superar su heterogeneidad interna de las múltiples nacionalidades, si acelera su proceso de industrialización. Lo afirma al abrirse el siglo. Los rusos lo aceleraron en tal forma que un día, hace diez años, tuvieron un infarto y quedaron ahí, por la parálisis que les ocasionó finalmente el Estado burocrático colectivista.

En el mismo momento que Ratzel pensaba estas cosas aparecen Rodó, Blanco Fombona y otros, que ven que estos paisitos —Uruguay, Argentina, Chile, Brasil, Perú, Venezuela, etcétera— frente a los Estados Unidos somos barcos de papel, no somos más nada, no tenemos ninguna posibilidad de protagonismo histórico. Entonces ¿qué hacer? ¿Cuál es la nueva propuesta? El resurgimiento de la “Magna Patria”, como le va a llamar Rodó, o “Patria Grande”, al decir de Ugarte, el renacimiento de un horizonte latinoamericano. Ése es el propósito del *Ariel*.

Rodó se dirige a los jóvenes porque sabe que los que no son jóvenes están ya imbricados en las tareas de las pequeñas aldeas volcadas hacia lo transoceánico europeo. Y además con éxito: poco después en el Uruguay se instalaban los frigoríficos y el Uruguay empezaba a generar una modernización de su ganadería, etcétera, y en 1910 teníamos un excedente exportador altísimo que sería la base del Estado de bienestar que el Uruguay iría construyendo con Batlle y los otros partidos que lo van a compartir. Ése es el fondo de la cosa.

Rodó anuncia una nueva empresa en el instante en que el micro-Uruguay se consolida, y pasa de ser el augur de la Patria Grande latinoamericana. En el Parque Rodó, el Uruguay le hace a Rodó un monumento con “La despedida de Gorgias”, un sofista que se despide de sus alumnos. Lo convierte en un profesor de literatura, pero no le hace monumento al que dice: *si no hacemos la unidad del conjunto, si no generamos un estado continental latinoamericano,*

no existimos más. Eso es lo que dice Rodó, en esencia, cuando habla de la Patria Grande, lo que dicen Ugarte, Blanco Fombona, García Calderón.

Bolívar fue muy lejano al Uruguay de la independencia, aunque los Treinta y Tres vinieron por la victoria de Ayacucho —lo que determina la decisión de hacer la Cruzada Libertadora es la noticia que los anima de la victoria de Ayacucho de Sucre, uno de los generales de Bolívar—. Pero la primera gran reivindicación de Bolívar es el “Bolívar” de Rodó, que se lo pide Blanco Fombona, un venezolano. Le dice a Rodó que es el más indicado para rescatar a Bolívar, el hombre que puede rehacer la historia perdida, recuperar el sentido del conjunto. “Bolívar” aparecerá en 1911. Luego se publicará con otros ensayos en la segunda obra latinoamericanista importante de Rodó, *El mirador de Próspero*. Ahí la idea toma más forma, porque él en *Ariel* lo único que viene a decir es: no imitemos, imitar es no resolver el problema; el problema es plantearnos el problema y saberlo resolver desde nuestros recursos y desde nuestra historia, desde la conciencia de nuestra historia. Lo que Rodó pone en el *Ariel* y en “Bolívar” es la exigencia de retomar la continuidad histórica perdida del conjunto. A fines del siglo XIX había entre nosotros sólo “historias nacionales”, no de América Latina, la gran nación.

Hay poco en el *Ariel*. Él le propone a la juventud... casi nada, y a la vez lo más fundamental: un horizonte nuevo. Nada más que un horizonte, una exigencia: sólo si caminamos hacia el conjunto de América Latina podremos auto-realizarnos y ser; si no, no vamos a ser nada.

Nada más que eso, muy poquito. Rodó apenas sabía historia de América Latina. El único que había hecho una *Historia de América Latina*, allá por 1865, era un chileno, Barros Arana, una especie de H. D. de América Latina, con una cronología... Pero es que una historia general sólo se puede empezar así, poniendo un orden en las fechas y los acontecimientos, para después pensarla bien. Y van a ser discípulos de Rodó, en conflicto con Rodó, los que van a empezar a escribirla. (Discípulos de la misma generación, porque Rodó escribe el *Ariel* a los 29 años, un pibe. Se disfrazó de viejo y el disfraz se le pegó: no se lo sacó nunca más.) Va a ser el argentino Manuel Ugarte, que lo consultaba en 1896, el que en 1910 va a escribir *El porvenir de la América Española*, una especie de síntesis muy sencilla. Es la primera síntesis de la historia del conjunto de América Latina: los indios, los negros, los españoles, la colonia, la independencia... Hizo un conjunto de capítulos muy accesibles y tuvo un éxito inmenso. Éste le vino por su, en cierto sentido, vocación “mesiánica” por América Latina.

Ugarte llama *América española* también a Brasil, lo que en el fondo no está tan mal, porque *España* quiere decir *Hispania*. La Hispania romana, que duró seis siglos, abarcaba toda la península Ibérica. Los franceses le decían *l'Espagne* y entonces los españoles escucharon y empezaron a decir *España*,

pero quiere decir lo mismo, es una castellanización de Hispania, que abarcaba Portugal. El condado de Portucale era una parte de Castilla que luego se hizo reino. El reino de España se forma recién en el siglo XVIII, con los Borbones —solamente toma el título de rey de España, en el siglo XVIII, Felipe V; antes eran el rey de Aragón, el de Castilla, el de Navarra, etcétera—. Es toda una historia, y mis antiguos alumnos saben que insisto mucho en todo eso del origen, para que vean la unidad profunda que tenemos con los vecinos brasileños. Porque las batallas hay que ganarlas desde las raíces, si las hay; si queremos hacer un conjunto, que estemos desde la raíz, hermanos desde la raíz. Pues así fue y así podrá ser mejor.

Es claro que Ugarte incluye a Brasil porque toda esa generación, y la generación española del 98, está influida por el gran historiador portugués Oliveira Martins, que allá por 1877 escribe una obra magnífica que se llama *Historia de la civilización ibérica*. Después que España perdió su imperio y Portugal el suyo, a comienzos del siglo XIX, quedaron en harapos, y hubo grupos de intelectuales que intentaron rehacer la unidad entre España y Portugal. Oliveira Martins hace una historia unificada de Portugal y de España, los ve como dos polos internos de una sola historia. La generación de Unamuno, de Ramiro de Maeztu, la generación del 98 son todos hijos del enfoque de Oliveira Martins.

Rodó también sabe todo eso, y cuando habla de la unidad de Hispanoamérica, o de América Latina, incluye, por supuesto, a Brasil, porque para él Portugal y España son una sola nación. En ese sentido da un paso más allá de Bolívar. Bolívar sentía al Brasil monárquico como un mundo extraño. Hubo una etapa fundacional de alianza entre Portugal y Castilla, que culminó en la unidad de Portugal y Castilla en 1580, con Felipe II, Felipe III y Felipe IV. Hay sesenta años en que toda la América hispana tiene un solo rey, Brasil incluido. Ése es el apogeo inicial del imperio hispano y luego el Portugal, separado desde 1640, se convierte en instrumento inglés contra España, y España queda como segundona de Francia en su lucha contra los ingleses. Eso tiene su desenlace en la guerra napoleónica, generadora de nuestra independencia.

De la generación del 900, presidida y unificada por el horizonte del *Ariel*, no sólo Ugarte comienza a diseñar la totalidad de la historia de América Latina. También en 1911 el venezolano Rufino Blanco Fombona lanzaba su síntesis *La evolución política y social de Hispanoamérica*. Incluso en ese mismo año Rodó publicará su "Bolívar", que luego integrará *El mirador de Próspero*, esfuerzo de esbozar el horizonte del *Ariel*. Y todo esto culmina en Francisco García Calderón, cuya primera obra había tenido el espaldarazo de un prólogo de Rodó. García Calderón va a poner una visión más elaborada en *Las democracias latinas de América* (1912) y el remate en su espléndido *La creación de un continente* (1913). De tal modo, en el horizonte señalado por *Ariel*, la generación del 900, en vísperas de la Guerra Mundial de 1914, ya había formulado una primera

gran mirada totalizadora de la historia latinoamericana. La inspiración del *Ariel* tenía ya sus primeros frutos intelectuales. América Latina estaba a la vista.

Pero Rodó no sólo estimuló la visión intelectual totalizante de América Latina, sino que eligió —y en cierto sentido inventó—, con notable sabiduría política, al primer *sujeto histórico* que podía ser portador y difusor social de ese mensaje y esa empresa unificadora: *el estudiantado*. El estudiantado será el primer sujeto de acción latinoamericanista. Solamente con los estudiantes podía inventarse socialmente el horizonte nuevo. El estudiante es un hecho social, no sólo biológico. No hay “jóvenes” en la clase obrera; podrán ser obreros de 20 o de 50 años, pero si hacen lo mismo es igual, tanto da, no es asunto de edad. En las clases medias y altas, en cambio, las familias eximen de trabajar durante una década a sus hijos, les pagan los estudios y los tipos se ve eximidos de ganarse el pan. Ése es el “joven”. Ése es el loquito suelto, el que tiene la imaginación; no tiene nunca la victoria pero es el agitador. Ávido de sentido y de totalidades, de sintetizar su realidad abierta al futuro.

Rodó es muy consciente de que su clientela pueden ser sólo los jóvenes. Rodó es un político, un político intelectual. Entonces se dirige al mundo joven de las idealidades, y los padres se arrancarían los pelos: ¡y éstos qué me hablan de América Latina, estos anormales, con América Latina! Pánico en la familia: ¡con qué se viene este monstruo!, ¡qué ocurrencia! Pues los adultos estaban en los mecanismos socioeconómicos que procuraban el pan, y otras realidades nos ensamblaban con Europa, pero no con América Latina.

Hubo un caminar estudiantil. Cuando los estudiantes dejaban de ser estudiantes ya eran uruguayos, argentinos, etc.; añoraban su época de idealidad, sabían que sería bueno estar juntos pero... no se puede. Entonces hay una rueda en cierto sentido. Los mundos estudiantiles son herederos por más de cincuenta años del legado unionista debido al gran acto político que hizo Rodó en el *Ariel*. Gran político, digamos, de largo plazo, no de corto plazo; odiaba el cortoplacismo estéril de las pequeñas aldeas como aquella en la que él se sentía vivir, la politiquería que no va a ningún lado, sobrevivir pero sin construir protagonismos futuros. Lo que hay que construir es lo más importante: la unidad de América Latina. Sólo así seremos un “Estado continental”, sólo así seremos sujetos de la historia, y no coro en los márgenes.

El *Ariel* es simplísimo, es solamente alguien que señala un horizonte, de una historia que hay que rescatar, que hay que reinventar, que hay que redescubrir, que hay que hacer fértil. Hay que hacer *Zollverein*, uniones aduaneras para una gran unión política. En el *Ariel* sólo pone exigencias, no tiene aún la madurez de relatarnos qué diablos es el Círculo Histórico-Cultural de América Latina. Rodó está tanteando, aprendiéndolo apenas. Hoy sabemos infinitamente más que él de toda esa historia latinoamericana, porque él desencadenó ese movimiento que fue creciendo en forma incesante. Él señaló el horizonte y se

murió allí, con muy pocas cositas más. Una especie de Braudel futurista de la historia a largo plazo. Y él dice en el *Ariet*.

Para preparar el advenimiento de un nuevo tipo humano, de una nueva civilización, de una personificación nueva de la civilización, suele precederles de lejos un grupo disperso y prematuro, cuyo papel es análogo en la vida de las sociedades al de las especies "proféticas" de que a propósito de la evolución biológica habla Heer. El nuevo tipo empieza a significar, apenas, diferencias individuales y aisladas; los individualismos se organizan más tarde en "variedad", y por último la variedad encuentra para propagarse un medio que la favorece, y entonces ella asciende quizá al rango específico: entonces el grupo se hace muchedumbre, y reina.

Él mismo se considera germen, casi insignificante, de una pequeña-inmensa novedad en todo lo que le acompaña, que van a ser los estudiantes. Aquéllos que pueden amar lo que son insignificancias para los maduros de la aldea, pero lo más decisivo del futuro.

Estamos acercándonos al momento en que la especie se aproxima a generar un reino. Estamos mucho más cerca que Rodó, por eso puse el título "De Rodó al Mercosur". Ya hemos caminado mucho, pero no sin él; por él hemos caminado. En América Latina entera se podría hacer un monumento de este Bolívar intelectual uruguayo que no es el del Parque Rodó, pobrecito, "La despedida de Gorgias". Aquí le hicieron un monumento a Rodó con lo menos importante de Rodó. El Uruguay batllista lo quería echar cuanto antes, ése es el fondo de la cosa. No lo digo despectivamente, sino porque el Uruguay batllista era uruguayista, era panamericanista, era, en el lenguaje de Rodó, "jacobino". Era todo lo anti-Rodó. Era una plenitud del Uruguay solo, justamente lo que Rodó quería trascender. Y el Uruguay lo va a empezar a trascender cuando se desprenda de la base que lo sostenía: el Imperio Británico y la Europa Occidental.

En los años del 1950 se nos van el Imperio Inglés y la Europa Occidental, se nos va la política de obtener cosas dentro del gran marco del Imperio Inglés, que era la tarea que tenían Batlle y Herrera, ésa y no otra. Un pequeño país no inventa su escenario; hay que ser una potencia para eso. Un pequeño país se adapta. Y Batlle y Herrera lograron un éxito extraordinario en la adaptación del país que durante cincuenta años fue "como el Uruguay no hay". Pero ese "como el Uruguay no hay", que le regalaba a Rodó la "irrealidad" de los jóvenes sólo por un ratito y después los hacía entrar en casa, ese Uruguay se resquebrajó, en los cincuenta, en los sesenta, en los setenta. No era el Uruguay solo: era el

Uruguay británico, el Uruguay eurocéntrico, y perdió el sustento inglés y europeo. Tuvo convulsiones latinoamericanas modernas.

En el Instituto de Historia del IPA impera la historiografía francesa. Yo soy un epígono de la cultura francesa, porque mi papá quería que fuera educado por *la France* eterna y fui a parar al Liceo Francés. Soy un epígono de una época del Uruguay. Vasconcelos, un rodoniano, vino en 1922 y dijo: ¡que extraño país, qué país más raro! Lo definió así: "Un país de cultura francesa, economía inglesa y política exterior norteamericana". Él venía a la casa de Rodó, pero se encontró con Batlle y lo llamó *el Ogro*. Para Vasconcelos, Batlle era el anti-Rodó. Pero el Ogro había construido el Uruguay que en aquella época se podía construir. Hoy ya no se puede reconstruir ese Uruguay. Creo que hay que tener una sensibilidad de los ritmos históricos y no hacer caricaturas malsanas de las cosas.

El primer Congreso de Estudiantes, de 1908, que se hace en Montevideo. Todos son arielistas: muchachos de Perú, de Paraguay, de Chile de Argentina; también viene uno de Brasil. Y termina con un gran banquete con Rodó, lo invitan para que él cierre el Congreso. Y ahí habrá intelectuales importantísimos luego en sus países en el sentido de la lucha por América Latina: los arielistas. Y luego, la reforma de Córdoba, en 1918, tiene hasta un lenguaje rodoniano. No son los mismos estudiantes —los primeros ya eran abogados y estaban en otra cosa— pero sí el mismo mundo estudiantil. La "insensatez" pasaba a los que seguían. Pero así se construye la nueva sensatez: a través de una rueda de insensatos. La historia es así y hay que soportárselo. Los congresos estudiantiles latinoamericanos, que prosiguen hasta 1959, son los continuadores del Congreso de Panamá de Bolívar. El estudiantado latinoamericano recuperó la mejor herencia.

Viene la revolución mexicana, viene el primer acto antiimperialista multitudinario en Uruguay, en 1914, por la intervención de los marines yanquis en México, en el que Rodó es uno de los participantes. Es el primer acto antiimperialista, cuando el primer intento de unir Argentina, Brasil y Chile: el ABC, antecedente remoto del Mercosur, cuya acta de formación se firmó en Montevideo, para que Uruguay, que no integraba el acuerdo, fuera el depositario. Algo así como con el Beagle, con el ABC, en que Argentina, Brasil y Chile intentaron una alianza para arbitraje americano de los conflictos. Era algo remoto, aunque en el pensamiento de Río Branco y Sáenz Peña, que son los dos hombres que lo inventan, va más allá. Pero eran países agroexportadores que no tenían vínculo ninguno entre sí; iban todos hacia fuera, al océano y las metrópolis.

Ahí surge Quijano con el Centro Ariel, y la revista *Ariel*, y empiezan en los años veinte los síntomas de lo que va a venir después. Con la crisis del 29 irrumpe, con sus diferentes rostros, el nacional-populismo, que es el intento de

industrializar los países latinoamericanos por separado, bajo la forma de sustitución de importaciones. Las materias primas estaban totalmente devaluadas, no les permitían comprar en el exterior, y entonces intentan sustituir las importaciones que no podían comprar. Ahí comienza la industrialización, la lucha por la industrialización, que se funda en la ampliación del mercado interno. Un ejemplo: el peronismo fue una alianza de la clase obrera y los industriales: porque esas industrias sólo se podían expandir si se aumentaba el poder adquisitivo interno. Entonces Perón impulsa los sindicatos, hace el "estatuto del peón", es decir, levanta el estándar interno. Y Vargas también. Todos los populismos levantan la única posibilidad que tenían. Por supuesto, era una industrialización limitada, porque eran pequeños mercados que no podían generar una verdadera sociedad industrial. Pero era único modo de comenzar. La industrialización era el sustento de la democratización, y la plenitud de la industrialización nos lleva a la integración.

El máximo teórico de los populismos, Haya de la Torre, será un hijo de Rodó y Ugarte. Todos los hijos están con Rodó y contra Rodó, porque le piden particularizaciones y no entienden que lo fundamental de Rodó fue sólo y nada menos que señalar el horizonte. Horizonte que sigue siendo el nuestro, nos guste o no.

Quijano tiene que estudiar economía en Europa. Acá no había facultad de Ciencias Económicas, no había economistas. Había algún abogado —Manini Ríos, Terra—, porque la administración era casi inglesa: los gerentes del ferrocarril inglés eran casi presidentes innominados del Uruguay, humildes, sin nombre. Y Quijano vuelve en 1928, cuando aflora la necesidad de los pactos regionales, planteados por el argentino Alejandro Bunge, fundador de la primera revista de economía en la Argentina, en 1919, la *Revista de Economía Argentina*, que va a luchar por la industrialización del país. Ibáñez, presidente de Chile en 1927, llama a Bunge, porque era partidario de la unión aduanera de los países hispanoparlantes —no todavía con Brasil. De manera que no va a ser un azar que, en 1951, Ibáñez, Vargas y Perón intenten un nuevo ABC para hacer un gran mercado común, una unión aduanera común. Es el primer intento de Mercosur, que fracasa.

Quijano, el 25 de agosto de 1930, ya escribe un artículo donde habla sobre Uruguay. Dice:

¿Qué haremos nosotros para no desaparecer en esta fantástica lucha entre los grandes? A la nueva generación le tocará responder a la interrogante, y de nada nos servirá haber conquistado la libertad política si no sabemos imponer, sin desmedro de la sociedad universal, nuestra libertad económica. Y para nosotros no la habrá, sino en el

plano de la federación americana [*latinoamericana*, en su lengua], y en primer término de la entente regional.

Quijano en 1930 se da cuenta de que Bunge es el comienzo del aterrizaje del *Ariel*, en los pactos regionales. Y en un artículo de 1940, enseguida de la fundación de *Marcha*, el título es "Panamericanismo no, acuerdos regionales sí". Él va a fundar una revista de economía en los años cuarenta, la primera, en la Facultad de Derecho, evocando el título de la revista de Alejandro Bunge: *Revista de Economía*.

Todo este proceso va a continuar, al abrirse los años cincuenta, con el intento del Nuevo ABC. Al Uruguay le va a faltar —y a Quijano también— una comprensión eje, que es la del significado de alianza Perón-Vargas. Ni el Uruguay ni Quijano van a comprender el paso que da Perón sobre la enunciación de los acuerdos regionales. Perón dice: para la unidad de la América del Sur hace falta que haya un "núcleo aglutinador" fundante, y ese núcleo aglutinador fundante sólo puede ser la alianza argentino-brasileña. Ésa es la tesis central que enuncia Perón entre los años 1951 y 53. Y es la que en el Uruguay no recoge nadie. (Salvo unos pocos anónimos como el suscrito, para estar más risueño hoy, a pesar de todo.)

Eso es muy importante porque no hay política si no se señala el camino principal. Si cualquier camino llega a cualquier lado, ningún camino llega a ningún lado, sino por azar. Sólo hay política si soy capaz de discernir, si tengo una estrategia, y la estrategia es saber cuáles son los caminos decisivos y cuáles no lo son. O cuáles son importantes si se valoran desde el camino decisivo. Distinguir la importancia de los caminos, el principal y los secundarios.

Si en Europa la Unidad Europea la intentan hacer Italia, España y Suecia, no pasa nada, no importa nada, no tiene ningún efecto. Pero la Alianza de Francia y Alemania, que son las que destruyeron Europa dos veces, es la única que puede generar la Unión Europea. Ésa es la importante, todo el resto es accesorio. Y acá la alianza Argentina-Brasil es el nudo de la unidad, por lo menos de América del Sur, que es lo más importante de América Latina. Que podrá ser el Cono Sur solo o podrá ser América del Sur, como se intenta ahora, no sé. Pero ésta es la situación en que estamos hoy.

Así, hoy ya hay una política latinoamericana en marcha. La de Perón fue una enunciación que no pudo andar, hasta que empezó a andar a través de sus enemigos, como Alfonsín, que participó en la Revolución Libertadora. Pero la historia es así: no mira rostros ni nada, sigue su camino. El asunto es no confundir los significados con las personas; las personas pueden tener muchos significados.

En suma: el Mercosur, aunque muchos no lo sepan, es resultado de un

largo camino del *Ariel* de Rodó. Y no todavía el final. Rodó nos exige profundizar y proseguir hasta la Unión Sudamericana. Eso nos corresponde a nosotros y a las generaciones que sigan. Pues se trata del "ser o no ser" de nosotros en y por América Latina. *Ariel* no terminó su tarea, ahora mucho más concreta y urgente. *Ariel* quiere incorporarse ya de una vez al mundo cotidiano, al pan de cada día. Llegar a ser ¡al fin! vulgar. Sólo así habrá realizado su misión.

Resumen

La exposición ubica a Rodó como iniciador intelectual del latinoamericanismo del siglo XX, que retoma una historia interrumpida con Simón Bolívar. El marco histórico está configurado por la irrupción de Estados Unidos como Estado continental, etapa que sigue a la de emergencia y consolidación de los Estados-nación industriales a lo largo del siglo XIX, en nítido contraste con los Estados-ciudad hispanoamericanos. En este sentido, la Magna Patria o Patria Grande es una búsqueda del Estado continental latinoamericano. El autor concibe al Ariel como un acto político de largo plazo, explicitación de un horizonte en el que cien años después se inscribe el Mercosur y que será necesario seguir profundizando.